

V Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009.

De Alianzas y Acuerdos: La coalición como estrategia de supervivencia.

Lopez, María Victoria y Prats, Mariana Laura.

Cita:

Lopez, María Victoria y Prats, Mariana Laura (2009). *De Alianzas y Acuerdos: La coalición como estrategia de supervivencia*. V Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-089/290>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ezpV/qgg>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



Instituto de Investigaciones Gino Germani
5° Jornadas de Jóvenes Investigadores
4, 5 y 6 de noviembre de 2009

Título de la Ponencia:

De Alianzas y Acuerdos:
La coalición como estrategia de supervivencia

Eje: Derecho, ciudadanía, democracia

Autoras:

- *López, María Victoria*
(Licenciada en Ciencia Política, UBA- Diciembre de 2008)
marivibernal@yahoo.com.ar
- *Prats, Mariana Laura*
(Licenciada en Ciencia Política, UBA- Diciembre de 2008)
pratsmariana@yahoo.com.ar

Abstract

En las últimas décadas se ha registrado, en las democracias contemporáneas, un proceso de transformación del formato representativo que supuso el debilitamiento del papel de los partidos en la configuración de las identidades políticas.

En Argentina en particular, este proceso de *metamorfosis de la representación* (Manin, 1992) convivió con episodios que permiten hablar de una *crisis* de la misma: los fenómenos de voto bronca o las inusitadas formas de expresión ciudadana originados a fines de 2001, dan cuenta de la falla en el reconocimiento del vínculo representativo por parte de los representados (Pousadela, 1998).

A pesar de esto, los partidos políticos han logrado conservar un rol ineludible en la organización de la competencia política, que trascienden meros lineamientos formales, asumiendo diversas estrategias para adaptarse a esta coyuntura. Específicamente, nos dedicaremos a observar las tácticas del partido que más se ha asemejado al tradicional formato europeo, la Unión Cívica Radical.

Partiendo de la idea de que las estrategias colusivas adoptadas por esta fuerza le han permitido sobrevivir en el tiempo, analizaremos los casos de la Alianza y el reciente A. C. y S., en sus diferentes aspectos, en tanto tales experiencias fueron exitosas en lo que a caudal electoral respecta, y novedosas en un país donde las relaciones ínter partidarias siempre fueron mutuamente excluyentes y pensadas en lógica de suma cero.

Introducción

El presente trabajo tiene como propósito analizar la respuesta de uno de los principales partidos políticos nacionales, como la Unión Cívica Radical, frente a los avatares y mutaciones que afrontan las democracias contemporáneas. En este sentido, y preestableciendo como hipótesis que su estrategia de supervivencia ha sido la coalición con otros partidos, hemos adoptado como objetivo central indagar la configuración de las experiencias coalicionales en la Argentina reciente.

El punto de partida que hemos decidido tomar para abordar este amplio objeto de estudio, es el análisis de los casos de la “Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación”-gestada en 1997- y el recientemente conformado, “Acuerdo Cívico y Social”.

El hecho de que ambas experiencias se articulasen en torno a la Unión Cívica Radical (en un momento en que buscaba recuperar su protagonismo “en ciernes” en la escena pública), emergiesen cuando los gobiernos de turno enfrentaban numerosos cuestionamientos y crisis socioeconómicas, pero a la vez mostraran características disímiles, nos fue abriendo interrogantes y llevando hacia esta problemática particular.

Para avanzar en la comprensión de los fenómenos, debemos tener en cuenta el hecho de que los regímenes presidencialistas no ofrecen incentivos para mantener este tipo de esquemas coalicionales, como si lo hace el parlamentarismo (Quiroga, 2007). Sumado a ello, la trascendencia en el tiempo de las coaliciones – es decir, aquellas alianzas con pretensiones de gobierno y no los frentes electorales de carácter meramente oportunista y efímero - requiere de una cohesión e institucionalización internas importantes para actuar en una misma dirección, lo cual no es tarea sencilla, especialmente en un país se caracteriza por tener una tradición que les juega en contra (recordemos el único y malogrado caso de la Alianza). Ambas cuestiones complejizan la supervivencia de este tipo de experiencias (y su posterior estudio) pero, a la vez, enriquecen el desafío de quienes se abocan a estructurarlas- en tanto las dificultades que enfrentan son muchas aunque los beneficios también pueden llegar a serlo.

Partiendo desde aquí, haremos un breve repaso de las transformaciones que se sucedieron en las democracias contemporáneas y, en particular, en la democracia y los partidos en Argentina (al ser el sustrato en el que se insertan estas articulaciones coalicionales), para posteriormente adentrarnos en el desarrollo de los casos seleccionados y poder realizar un primer testeo de nuestra hipótesis inicial.

A través de estas páginas nuestro objetivo principal es, entonces, intentar comprender cómo la conformación de una alianza con otros partidos funcionó como una de las estrategias de supervivencia de la Unión Cívica Radical, particularmente en estos últimos años en que ésta ha sufrido una pérdida constante de prestigio y de votantes. Reflexionar, por ejemplo, si estos acuerdos le han ayudado a volver a convertirse en un actor principal de la escena política. ¿Ha logrado vertebrar un espacio no peronista? ¿Ha trascendido los objetivos electorales iniciales?

Antecedentes

En las últimas décadas se ha registrado junto a la consolidación de la democracia en diversos lugares del mundo, la mutación de sus instituciones y actores característicos. Estas

transformaciones propias de las democracias contemporáneas, tipificadas por Bernard Manin (1992) como parte de una *metamorfosis de la representación*, remiten al pasaje de una democracia de partidos a una democracia de lo público o de audiencia y suponen, entre otros rasgos, la disolución de las identidades políticas masivas, la fluctuación de las preferencias electorales y la creciente incidencia de los medios masivos de comunicación en la dinámica política (Novaro y Palermo, 1996).

En particular, el caso argentino muestra un proceso paradójico por el que al mismo tiempo que los partidos se definen como los principales actores del juego político a partir de la normalización institucional iniciada en 1983, van perdiendo centralidad en la configuración de identidades políticas. Los partidos, en tanto que proveedores de una cosmovisión, generadora de adhesión y dadora de estabilidad a la escena política tienden a perder parte de su tradicional vigencia (Cheresky, 2006c y d). Como consecuencia de estas mutaciones, los viejos partidos políticos se transforman adoptando estrategias pragmáticas que suponen la inclusión de candidaturas con elevada popularidad ante la opinión pública en detrimento de su inserción en la estructura partidaria. Paralelamente, surgen nuevas fuerzas políticas organizadas en torno a liderazgos de popularidad¹ que no alcanzan el estatuto de partido: redes, asociaciones electorales, menos orgánicas que los antiguos partidos, donde la identificación partidaria cuenta sólo marginalmente (Pousadela, 2004).

En forma concomitante con el debilitamiento del rol de los partidos, asistimos a la ampliación de la ciudadanía (Cheresky, 2006a y b) que se expresa electoralmente y también como audiencia y opinión pública escrutada a través de las encuestas (Manin, 1998), o de manera más activa, mediante las formas inorgánicas y espontáneas² (Rosanvallon, 2006) de expresión que han adquirido especial visibilidad en nuestro país sobre todo a partir de la activación ciudadana desde la crisis de 2001. Este espacio público ampliado, sin embargo, encuentra sus límites allí donde persisten la pobreza y las políticas clientelares, puesto que la igualdad social mínima constituye una de las condiciones previas para la emergencia de una ciudadanía autónoma (Quiroga, 2006).

Si bien estas consideraciones no suponen la desaparición de los partidos- los que siguen teniendo un rol importante en la organización de la competencia política al conservar

¹ Nos referimos a aquellos liderazgos sostenidos en un vínculo que no está mediado por organizaciones partidarias (o lo está sólo parcialmente) y que se basa fundamentalmente en un lazo entre el líder y la opinión, en un contexto de democracia de medios masivos de comunicación.

² Pierre Rosanvallon (2006) se ha detenido en la irrupción de la acción política directa en las democracias actuales, refiriéndose a formas de expresión ciudadana inorgánicas, de índole espontánea, efímera y generalmente reactiva que, sin cuestionar el régimen institucional representativo, ejercen un poder de vigilancia o de veto sobre las decisiones gubernamentales.

el monopolio de la representación legal-, se ha percibido el retraimiento del papel que éstos poseían como organizadores de la vida política y de la función de las adhesiones partidarias en la determinación de los procesos políticos tanto locales como nacionales.

Este escenario pareciera ser más propicio para una creciente fluctuación de las preferencias ciudadanas- en términos del debilitamiento de la identidad y la pertenencia ideológico partidaria³- y la fluidez de la oferta electoral; la creciente fragmentación tiende a hacer cada vez menos probable el triunfo electoral de un partido por sí solo y haciendo uso exclusivamente de los recursos que le son propios (Pousadela y Cheresky, 2004). Esto incide en la conformación de nuevas identidades políticas y la expansión del electorado independiente, cuyo voto se decide en el transcurso de las campañas electorales, y en el cual influyen en gran medida los temas de coyuntura, la opinión respecto de la gestión gubernamental y la imagen de los candidatos.

Repensando a los partidos argentinos: generalidades y especificidades

Considerando que la democracia moderna es representativa y con partidos políticos, es de marcada relevancia en cualquier sistema político contemporáneo el vínculo representativo existente entre gobernados y gobernantes, así como el rol de los partidos políticos en esta ecuación, a la hora de referirse al efectivo funcionamiento del sistema democrático.

En la Argentina, formalmente desde la última redemocratización ya finalizando el siglo XX, la competencia política y el acceso a los cargos públicos electivos está monopolizada y organizada por los partidos políticos, son sólo estas organizaciones las que tienen la capacidad de representar a la ciudadanía en su conjunto en los cargos electivos de gobierno (Ley Orgánica de los Partidos Políticos, N° 23.298/85, art. 2°).

Escapando a los fines exclusivos de este trabajo las controversias teóricas surgidas en torno a la definición de los partidos políticos, sus funciones y las diferentes dimensiones de la heterogénea teoría sobre estas organizaciones⁴, consideramos que el problema central en

³ Los partidos, al perder su referencia a grupos sociales preexistentes, deben activar y contribuir a producir los clivajes sociales que pretenden movilizar, a través de la intervención crucial de los liderazgos (Pousadela y Cheresky, 2004).

⁴ Para adentrarse en forma más detallada en los debates teóricos en torno a los partidos, ver los siguientes trabajos: **Duverger, Maurice** (1996) *Los partidos políticos*, México D.F., FCE.; **Lipset, S. y Rokkan, S.** (1992) *Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales*, en AA.W. Diez textos básicos de Ciencia Política, Barcelona, Ariel. y **Panbianco, Angelo** (1991) *Modelos de partido*, Madrid, Alianza.

relación a los partidos en la actualidad yace en la representatividad de estos respecto a los ciudadanos.

Ya hemos señalado que hoy en día, la capacidad representativa de los partidos políticos se ve atravesada y en gran medida mermada por una serie de transformaciones de la vida política y del vínculo representativo, que implican una desagregación de las identidades partidarias y la pérdida del antiguo rol protagónico de los partidos en la conformación de las identidades políticas.

La precedentemente mencionada puesta en tela de juicio de la capacidad de los partidos para representar fehacientemente las preferencias de la ciudadanía, es expresada en las discusiones teóricas de las últimas décadas relativas a la transparencia, a la falta de responsabilidad y a la ilegitimidad de los partidos. Las últimas teorías de la representación la definen como la situación en que los representantes actúan en beneficio de los representados (Manin, Przeworski y Stokes, 1999) dejando de lado la antigua relación que era comúnmente establecida entre ésta y la responsabilidad, entendida como situación en que se adoptan las políticas que el electorado prefiere.

No obstante, la atribución del monopolio de la representación política por parte de los partidos y su carácter de mediadores en la relación de representación que permite que una democracia se precie de tal, conlleva que una de las principales funciones de la organización sea establecer candidatos a ser electos y formar líderes con oportunidades reales de obtener un cargo (Panbianco, 1982). De este modo, es pertinente señalar que la función más importante que llevan a cabo los partidos políticos y la que persiste y facilita de manera ininterrumpida la vida partidaria, es la elección de sus líderes en cargos públicos (Novaro, 2000).

En nuestro país es clara la existencia de dos partidos que han predominado en la escena política, especialmente si tomamos como referencia la última redemocratización y los más de 25 años transcurridos desde aquel entonces; estos son, el Partido Justicialista (PJ, peronista) y la Unión Cívica Radical (UCR, radicales).

Sin embargo, si tomamos en consideración que Giovanni Sartori define a un partido político como una parte del todo pluralista (Sartori, 1992), podemos afirmar, ateniéndonos a esta definición, que ni la UCR ni el PJ nacieron como partidos, ya que desde sus orígenes se concibieron a sí mismos como expresión del todo, como la única posición legítima. Es así más adecuado denominarlos como “movimientos”⁵ y, por consiguiente, se hace difícil

⁵ Un movimiento es caracterizado a partir de la falta de reconocimiento del adversario, la concepción de que el poder debe ser obtenido por cualquier medio y la importancia del líder por encima de la filosofía y los objetivos, lo que conlleva una débil organización (especialmente del lado del PJ) (MC. Guire, 1995).

reconocer el funcionamiento de un verdadero sistema de partidos en la Argentina antes del retorno a la democracia en 1983 dada la reticencia a la cooperación, la inexistencia de alternancia en el poder por la vía electoral y la previsibilidad de las alternativas de gobierno (Cavarozzi y Abal Medina, 2002). En efecto, el surgimiento del peronismo en 1943 generó una profunda polarización de la sociedad en dos bandos antagónicos, y la ausencia de un electorado neutral *“echaba por tierra el componente vital de la política democrática: la incertidumbre”* (Pousadela, 2004).

En contraste, 1983 presentó una “reconciliación” del PJ y la UCR que se reconocieron como legítima oposición, redujeron sus diferencias subculturales y acordaron jugar bajo las mismas reglas, todo esto a partir de haber estrechado su unión para luchar contra las prohibiciones de la dictadura, el aumento de la estima pública a los partidos y el surgimiento de una estructura abierta e impredecible de la competencia partidaria (Cavarozzi y Abal Medina, 2002).

Sin embargo, cuando en Argentina se instalaba la democracia de partidos como modelo de representación⁶, esta dinámica comenzaba a entrar en crisis en el resto del mundo, y con el tiempo va a repercutir en la progresiva transformación de los partidos tradicionales. Es por eso que para 1994, cuando la Constitución Nacional es reformada y los partidos y sus funciones alcanzan status constitucional, *“la fugaz época de oro de los partidos argentinos estaba, en lo esencial, concluida”* (Mocca, 2004).

Con el pasar de los años y la erosión de las identidades que estos dos principales partidos pretendían representar, los mismos fueron adoptando diferentes estrategias para sobrevivir y mantener su predominancia hasta el día de hoy.

Probablemente por la flexibilidad que otorga la caracterización del “movimiento peronista” y su férrea construcción a lo largo de todo el país, es que el PJ logró nuclear diferentes dirigentes y adaptarse y reorganizarse año tras año, sin necesidad de responder ante ningún cuestionamiento por parte de su electorado.

Pero la suerte de la UCR no fue la misma, el “espacio de referencia” radical -mucho más débil y menos representativo que la “identidad” peronista- emerge desde sus inicios como una coalición social y adopta en concordancia con sus orígenes una estrategia electoral colusiva que le permite sobrevivir y re-emergir en la escena política como una alternativa

⁶ A partir de la ampliación del electorado, la democracia de partidos está caracterizada por la existencia de partidos de masa organizados de forma burocrática y que actúan como vehículos de expresión de las divisiones sociales. (Manin, 1998).

viable de gobierno tras el fracaso del gobierno del Dr. Raúl Alfonsín y que la propia UCR no podría haber logrado por si misma.

La Unión Cívica Radical (UCR): “Democracia, educación y trabajo”

La Unión Cívica radical nace como partido en 1891 (año en el que se lanzó, por el mes de julio, el primer manifiesto del partido), al calor de la llamada “Revolución del ’90”, cuyos integrantes gestaron en contra del régimen oligárquico, entonces imperante en la Argentina.

El cambio de régimen y la “Ley Saenz Peña” de 1912, permiten que en 1916 se elija al primer presidente democrático de la Argentina, y de su mano, el acceso del radicalismo al gobierno. A partir de ese entonces, la UCR modifica radicalmente sus objetivos, de ser una organización de oposición y protesta, pasa a constituirse como una poderosa maquina política electoral (De Luca et al., 2002).

Históricamente, la UCR se definió por ser una agrupación política que se nutre de todos los estamentos de la sociedad, por hacer una apelación social policlasista, más cercana a la “clase media” y no ser un partido cuya estructuración social sea horizontal, exclusivamente de obreros o de patronos (Malamud, 1997). Esta “identidad” si bien permitió al partido aspirar a la mayoría electoral también fue posteriormente, según Juan Carlos Torre, una de las causantes de la fluctuación, volatilidad y merma de su caudal electoral.

Teniendo como estandartes a la democracia, el trabajo y la educación, el partido que logró sobrevivir a más de 100 años de historia nacional, se caracterizó desde sus orígenes por el alto grado de organización y una fuerte institucionalización (en lo que hace a su organización territorial, su legitimidad y la trascendencia del partido respecto a los sucesivos líderes) (Panebianco, 1982), aunque esta particularidad hizo del partido la organización nacional más sensible a los cambios de la política: la acentuación en la importancia del liderazgo y de la imagen por sobre las doctrinas y los programas generó que el sufragio se emita sobre la base de un juicio mental antes que sobre una afinidad colectiva (Malamud 1997)⁷.

⁷ El carácter profundamente programático de la UCR generó que el partido, considerado obsoleto y de practicas fuera de uso, tenga que reconfigurar radicalmente su imagen y presentación ante el electorado en los últimos tiempos.

Desde la ALIANZA por el trabajo, la justicia y la educación hasta la Banelco, el corralito y “que se vayan todos”

Transcurrida casi una década del menemato y del acceso del peronismo al gobierno, la “ALIANZA por el Trabajo, la Justicia y la Educación”, alianza política y coalición electoral entre la Unión Cívica Radical y el Frente País Solidario (FREPASO), surge en relación y como respuesta a dos procesos que afectaban a la escena política nacional en ese entonces, por un lado, el desgaste y pérdida de poder del entonces presidente Carlos Menem y por el otro, paralela y consecuentemente, la reconfiguración de la competencia política y la reorganización de la oposición.

Tras 1983 y la redemocratización se reactualiza el bipartidismo y el clivaje nacional que dividía a la Argentina en dos grandes polos, uno peronista y otro no peronista, pero el problema es que este segundo polo es poco cohesivo y no estuvo aglutinado durante estos 25 años de democracia. En este sentido la tradicional UCR fue perdiendo parte de su caudal electoral en manos de otros partidos o terceras fuerzas que representaban al mismo espacio político, sin identidad radical (como ser la centro izquierda y la centro derecha), entre los que se encuentra el FREPASO. En pleno auge de las políticas y reformas de mercado, viraje de Menem en cuanto a su programa inicial, puede explicarse en parte la recomposición de los alineamientos de centro izquierda y derecha (Torre, 2003).

A mediados de la década del ‘90 Menem es reelecto con casi el 50% de los votos lo que si bien daba a la ciudadanía en general una idea de permanencia en el gobierno y generaba una evaluación de dificultad respecto a la alternancia, en realidad ocultaba que la coalición que apoyaba electoralmente al presidente estaba en pleno proceso de “desgranado” (el ejemplo más claro es la retirada del gobierno del entonces Ministro de Economía Domingo Cavallo en 1996, creando una nueva formación partidaria: Acción por la República). Asimismo, para aquel entonces está instaurado en el país el modelo neoliberal, lo que implicaba que la Argentina había seguido las recetas del primer mundo, pero a su vez aquel gobierno no se percataba de los “costos sociales” de ser un “buen alumno” y de los efectos distributivos negativos que presentaba el paisaje económico y social nacional como resultado de la implementación de aquellas políticas destructivas.

En 1995, en las elecciones legislativas un año después del Pacto de Olivos- a partir del cual Menem y el referente radical Alfonsín, acuerdan la reforma constitucional que entre otras cosas permitió la reelección del mandatario riojano- gran parte del electorado filo radical decepcionado por el abandono de la UCR de su papel de principal opositor, fluye hacia el

disidente FREPASO (surgido inicialmente del Frente Grande de peronistas disidentes más la Democracia Cristiana, la Unidad Socialista y PAIS –de otros peronistas divergentes) aunque el PJ, más cercano a la centro derecha vuelve a obtener la victoria.

Poco antes de las elecciones legislativas de 1997 la UCR (con un caudal electoral decreciente, casi arruinada en términos de identidad e incluso de espacio político) y el FREPASO (con un electorado creciente y capitalizando a los antiguos electores de la UCR) deciden sumar sus fuerzas y formar la Alianza.

La Alianza surge a partir de una observación evidente: *el descontento respecto de las políticas del Gobierno sólo puede enfrentarse, con cierta probabilidad de éxito mediante una oposición unida* (Mustapic, 1997), que se erija en una alternativa de gobierno real y creíble. Frente a esta evaluación, la concreción de la Alianza es uno de los más importantes cambios políticos en los últimos tiempos: al acordar las organizaciones partidarias competir en forma conjunta electoralmente y elaborar un programa de acción legislativa inicialmente y luego de gobierno, los dirigentes de la UCR y el FREPASO lograron dar una respuesta oportuna a los reclamos y demandas de gran parte de la ciudadanía y opinión pública a favor de una alternativa de poder al menemismo (Torre, 1997). En una época de importantes cuestionamientos a la clase política en su conjunto, especialmente por la falta de atención e indiferencia respecto a los deseos de la ciudadanía, la unidad de la oposición parecía sintonizar con las pretensiones y esperanzas de la población de un recambio en la conducción del gobierno y de evitar un nuevo triunfo del oficialismo en los próximos comicios.

La consonancia entre las preferencias de la ciudadanía y la emergente alternativa de gobierno logró materializarse en el éxito electoral de 1997. La Alianza obtuvo el 45,6% de los votos, nueve puntos porcentuales por encima del 36,2% obtenido por el PJ. Estas tendencias en la distribución de las preferencias electorales en 1997 se realizan efectivamente en las elecciones presidenciales de 1999 (Torre, 2001)

La coalición electoral entre la UCR y el FREPASO logra a fines del siglo pasado poner en duda la tendencia del sistema de partido predominante y pensar en una rearticulación del sistema de partidos argentino en el que podría haberse estructurado una competencia y sistema de alternancia bipolar (entre coaliciones) y ni siquiera bipartidista. (Castiglione, 1997) Aunque finalmente no sucedió, en sus inicios la Alianza podría haber roto la lógica amigo-enemigo que primaba en las relaciones entre el gobierno y la oposición (Aznar, 1997)

Pero la Alianza no fue una mera coalición electoral, sino que trascendió las fronteras de los comicios para convertirse en la primera experiencia formal y real de una coalición de gobierno en nuestro país, es decir que existió un acuerdo entre el presidente y por lo menos

dos partidos⁸ a la hora de conformar el gabinete y gobernar la Argentina. La estrategia coalicional ha permitido, tal como señala Chasquetti neutralizar en parte la gran fragmentación partidaria, dando lugar a una gran innovación en el ejercicio de gobierno.

La Alianza fue una fórmula de expansión, abierta a diferentes grupos portadores de diversas existencias y con variados alcances, su virtud radicaba en la idea de sumar individualidades (Castiglione, 1997) y esto puede observarse genuinamente en la competencia intra e interpartidaria que se mantuvo al momento de conformar las candidaturas y listas conjuntas, mostrándose como una opción de gobierno más transparente y republicana. La cohesión y objetivo común se hallaba en la búsqueda de ser gobierno y poner fin al experimento neoliberal; el mayor problema en que concluyó esta aspiración radicó en la falta de confianza mutua a lo largo del tiempo y en la falta de construcción real de una opción de gobierno que trascienda el mero aglutinamiento del arco opositor.

Tal como se señala en gran parte de la teoría sobre las coaliciones de gobierno “*Si la gestión presidencial es buena los beneficios irán para el partido del presidente y no para sus socios de coalición. Si la gestión es mala, la estrategia dominante de los socios será la de retirarse del gobierno y procurar construir un perfil político diferente*” (Chasquetti, 2006); el caso de la Alianza no fue ajeno a esta norma general.

La Alianza asciende al gobierno con un programa centrado en poder revertir todas las políticas regresivas y herencias negativas del ex presidente Carlos Menem, transcurridos dos años de gobierno, el balance de la gestión no pudo ser más insatisfactorio en relación a las esperanzas y expectativas suscitadas: se mantuvieron altos niveles de pobreza y desempleo, no hubo reactivación económica y los hechos de corrupción no eran ajenos a esta nueva gestión (Novaro, 2002).

Por otra parte, es también señalado que la mayoría de las coaliciones en el presidencialismo se rompen a causa del mandato fijo, pero en el caso de la Alianza había posibilidad de reelección, en este sentido, el principal factor institucional que según la mayoría de los autores tiene el mayor poder explicativo en cuanto a la ruptura de las coaliciones no tuvo tanta incidencia, sino que primaron factores más relacionados con las características del gobierno y la coyuntura política. Tal como preanunció Atilio Borón, la Alianza no tuvo ni la capacidad ni la audacia de discutir el modelo económico, capituló como proyecto de reemplazo y terminó recreando una suerte de “menemismo sin Menem” (Borón,

⁸ Definición tomada de Chasquetti, D.: “La supervivencia de las coaliciones presidenciales de gobierno en América Latina” en *Revista Postdata* N° 11- Abril de 2006 pp. 163-192.

1997), dando continuidad a las políticas menemistas e implementando otras que seguían siendo regresivas e injustas en términos de costos sociales. La Alianza nunca logró, tal como se propuso, redefinir las relaciones entre el Estado y la sociedad civil ni alcanzar niveles relativamente altos de eficacia decisional, sin transgredir la lógica de la institucionalización democrática.

Del mismo modo, tampoco es posible explicar la ruptura meramente por el tamaño y congruencia de la coalición: la coalición era mínima ganadora (50% más uno) y de sólo dos socios (en cuanto a su importancia), con un arco de preferencias afín; más bien el fracaso de la coalición tiene que ver con cuestiones y posturas en la gestión, siendo el punto de inflexión a mediados del 2000 el caso de corrupción y coimas en el Senado para la aprobación de una Ley de Reforma Laboral, conocido como el caso de la “Ley Banelco”, que simbolizó las antípodas del ideal de transparencia y justicia que la Alianza buscaba representar y que concluyó con la renuncia de Carlos “Chacho” Álvarez, entonces vicepresidente y líder del FREPASO, y condujo luego al decaimiento del resto de los integrantes de la coalición.

En atención a lo precedentemente mencionado, cabe señalar que si bien según Chasqueti la Alianza entra en el modelo de ruptura de la coalición por descomposición⁹, también se registra un “quiebre” con la renuncia de Chacho Álvarez, que era el vicepresidente y líder del FREPASO, considerado como un punto de inflexión, con alta visibilidad de la ruptura y cambio en las fronteras entre el gobierno y la oposición así como el retiro de diferentes ministros del gabinete¹⁰, siendo paradigmático el caso de la cartera de economía con tres cabezas en el lapso de un año: Machinea, López Murphy y Cavallo.

Finalmente, como conclusión del apartado podemos destacar que la primera y única experiencia de coalición de gobierno nacional terminó en un fracaso, con una seguidilla de políticas vergonzosas que culminan en el abandono del gobierno en un helicóptero por parte del presidente, acusado de ineptitud y corrupción.

Asimismo, es dable señalar que la coalición fue la única estrategia que le permitió a la UCR salir de la debacle y reconstruir su caudal electoral en merma, pudiendo mantener a su vez una especie de afinidad de objetivos y programa de gobierno con su aliado, reconfigurado tras el 2001 como parte del espacio filoradical.

⁹ Según el autor la ruptura por descomposición o desfibramiento es poco visible para la ciudadanía en general y está basado en el estallido de múltiples conflictos de baja intensidad. La descomposición está acompañada de indisciplina legislativa y el bloqueo de decisiones gubernativas.

¹⁰ Según el mismo Chasqueti, estas son las propias características que describen a los quiebres en las coaliciones.

Segundo intento: nace el *DesAcuerdo Cívico y Social*

Acuerdo Cívico y Social es la denominación que recibe el acuerdo alcanzado entre los líderes de la Unión Cívica Radical, Gerardo Morales, de la Coalición Cívica, Elisa Carrió, y del Partido Socialista, Rubén Giustiniani, para competir en las elecciones legislativas realizadas el 28 de Junio de 2009.

Estructurado en torno a las mencionadas fuerzas, el surgimiento de la coalición tuvo lugar en el marco de un marcado descontento ciudadano con el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Fundamentalmente desde el conflicto agropecuario¹¹, empezaron a multiplicarse los cuestionamientos referidos a un modo de gobernar percibido como decisionista, poco orientado al diálogo y la apertura política, y que no parecía dirigirse a cumplir la promesa de mayor institucionalización realizada en la campaña electoral de 2007¹². El debilitamiento del oficialismo se expresó no sólo en la pronunciada caída de los índices de popularidad de Cristina y Néstor Kirchner¹³ sino también en la creciente incertidumbre de los alineamientos parlamentarios, lo cual tensionó las relaciones dentro del bloque oficialista e hizo más circunstanciales los apoyos aliados.

Todas estas cuestiones- que hemos caracterizado brevemente- hicieron de éste un terreno fértil para que las diferentes fuerzas políticas opositoras buscaran capitalizar, de maneras diversas, el descontento ciudadano y así obtener buenos resultados en las elecciones legislativas de 2009; en esta coyuntura se inscribe el armado del A. C. y S. y de Unión Pro (alianza entre el jefe de gobierno Mauricio Macri, el diputado Francisco de Narváez y el ex diputado kirchnerista Felipe Solá).

La primera de las mencionadas alianzas, que es la que nos ocupa, había comenzado a gestarse ya desde los últimos meses del año 2008: las bases sentadas por el acuerdo entre la UCR y el Partido Socialista en la Convención Nacional del radicalismo realizada en Octubre de 2008 en la ciudad cordobesa de Mina Clavero, abrieron el camino¹⁴ para la posterior “reconciliación” de la líder de la Coalición Cívica, Elisa Carrió, con la UCR, partido desde el

¹¹ Nos referimos a las disputas entre las entidades agrarias y el gobierno nacional, generadas a partir del proyecto del gobierno nacional de incrementar las retenciones a la soja y al girasol, fundamentalmente entre los meses de marzo y julio de 2008.

¹² El slogan de campaña “El cambio recién empieza”, remitía a la idea de profundización del modelo económico iniciado por la gestión de Néstor Kirchner pero incorporando mejoras en la calidad institucional.

¹³ A inicios de 2008, según la encuestadora Poliarquía, la imagen de la presidente y su esposo era la siguiente: Cristina Kirchner: Positiva, 31%; Regular, 33%; Negativa, 34%. Néstor Kirchner: Positiva, 32%; Regular, 20%; Negativa, 48%. (Cheresky, 2009).

cual inició su carrera política pero al que abandonó en marzo de 2001 al rechazar la decisión de votar a favor de otorgar superpoderes al entonces Ministro de Economía Domingo Cavallo¹⁵. Muchos otros dirigentes de la Coalición Cívica también compartían pasados radicales; entre estos, una de las más destacadas era Margarita Stolbitzer, cabeza de GEN (Generación para un Encuentro Nacional), fuerza que otorga a la CC el principal anclaje en la provincia de Buenos Aires y que fue creado en 2007, a partir de que muchos dirigentes de la UCR buscaron adoptar una postura clara frente al kirchnerismo en las elecciones presidenciales, tras el apoyo del partido a la candidatura de Roberto Lavagna, ex ministro de Economía de Néstor Kirchner.

Las intenciones iniciales de este acuerdo gestado entre líderes ya apuntaban más allá de junio de 2009. Así como se enfatizaba en una historia de bases ideológicas compartidas y en el trabajo conjunto de los últimos meses, se buscaba garantizar que, en una época de inestabilidad de los actores e identidades políticas, la alianza había llegado para quedarse¹⁶ y ofrecería un espacio de representación a todos los sectores de la ciudadanía que estuvieran en desacuerdo con la forma de gobierno de los Kirchner, en tanto todas las fuerzas que estaban incluidas en el A. C. y S. compartían una tendencia opositora desde que Néstor Kirchner arribase a la presidencia en 2003, lo cual garantizaba que el espacio no cambiaría sus principios luego de los comicios¹⁷.

La UCR vio en este acuerdo una posibilidad de volver a los primeros planos en la arena nacional, luego de las malas experiencias en las elecciones presidenciales de 2003 y 2007¹⁸, a la vez que demostrar que su estructura partidaria extendida territorialmente-

¹⁴ Recordemos que en 2007, Rubén Giustiniani acompañó a Elisa Carrió en la fórmula presidencial de la Coalición Cívica.

¹⁵ Sin embargo, Carrió se ocupó de aclarar que esta decisión no significaba un retorno al centenario partido: *"Esta casa forma parte de mi vida desde que tengo cinco o seis años. No es que vuelva a la UCR, hago acuerdos con la UCR"* (Crítica de la Argentina, 12 de Noviembre de 2008)

¹⁶ *"Queríamos dar cuentas al pueblo de la Nación de lo que hicimos todos juntos en los últimos 6 meses, el pueblo demandaba que los que estábamos en distintas bancas y bloques pudiéramos tener la generosidad para con la República de unificar nuestra representación de cara a la gente y de esta manera avanzar no sólo en la limitación del poder abusivo del modelo kirchnerista sino también construir una argentina posible, ética, republicana, de desarrollo económico y distribución del ingreso y hoy estamos unificados en este Acuerdo Cívico y Social cuyo primer paso es éste, que se va a ampliar en toda la Nación, no solo antes de junio sino básicamente después."* (Elisa Carrió, 29 de Abril de 2009, www.coalicioncivica.org.ar)

¹⁷ Se enfatizaba en este aspecto con el fin de diferenciarse de las figuras del peronismo no kirchnerista que se presentaban en listas disidentes o de Unión Pro.

¹⁸ En 2003, con Leopoldo Moreau como candidato, obtuvo el 2,3 % y en 2007 adhirió a la candidatura de Roberto Lavagna (obtuvo el 16,8% bajo la sigla Una Nación Avanzada), quien en febrero de 2008 acordaría con Kirchner la reorganización del Partido Justicialista, mostrando el carácter oportunista y efímero de aquel frente electoral.

atractivo principal para las demás fuerzas, que no contaban con la misma representación estable en todo el país- seguía vigente¹⁹.

Uno de los hechos que colaboró en ese sentido fue la conmoción que causó la muerte del ex presidente radical Raúl Alfonsín el 31 de Marzo de 2009, meses antes de las elecciones. La reivindicación de su figura y modo de hacer política generaron un clima público de revalorización de los estandartes de institucionalidad y convivencia política, asociados al gobierno alfonsinista, que operó a favor del centenario partido en tanto le permitió adquirir protagonismo en la escena pública y, concretamente, mayor margen de maniobra para imponer candidatos en el armado de las listas del A. C. y S.²⁰, que se encontraba en plena etapa de negociación entre los líderes de los diferentes distritos.

Es de destacar que lo que posibilitó la supervivencia de este acuerdo fue la flexibilidad que lo caracterizó desde un inicio: el respeto por la diversidad de las situaciones locales y los liderazgos distritales permitió que el acuerdo variase en su composición en las diferentes provincias, ya que en algunos casos se proponían alianzas contranatura (como es el caso de la provincia de Córdoba, donde la UCR presentó candidatos propios dado que la Coalición Cívica y el Partido Socialista- actores muy marginales en la provincia- apoyaban al Frente Cívico comandado por Luis Juez, de orígenes peronistas y alguna vez aliado del kirchnerismo) y en otros se sumó el soporte de algunas expresiones provinciales, como por ejemplo, Propuesta Salteña o Consenso Federal del vicepresidente Julio Cobos (de peso en Mendoza y Buenos Aires). Respecto de este caso, el vicepresidente de Cristina Kirchner aparecía como una figura codiciada a partir de su alto nivel de popularidad, alcanzado desde su voto “no-positivo” al proyecto de ley de incremento de las retenciones móviles del Gobierno²¹; sin embargo, no terminaba de definir su situación con la UCR - del que había sido expulsado al aceptar la candidatura a la vicepresidencia en 2007²²- y era cuestionado públicamente por líderes del A. C. y S. tras su reunión con el candidato de Unión Pro, Francisco de Narváez.

¹⁹ Esto se ve facilitado por los contrastes entre el esquema que se da en las elecciones presidenciales -donde los grandes centros urbanos tienen un peso más importante, dada la densidad poblacional- y las legislativas -donde los sesgos desproporcionales y mayoritarios del sistema electoral producen una tendencia bipartidista con hegemonía de un solo partido- (Mustapic, 2002), lo cual permite que la UCR mantenga una fuerte presencia en el Congreso a pesar de los reveses electorales en las elecciones presidenciales.

²⁰ El ejemplo más claro de esto fue el segundo lugar en la lista de Diputados Nacionales por la provincia de Buenos Aires ocupado por el ex diputado Ricardo Alfonsín.

²¹ El 17 de Julio de 2008, en el Senado se produjo un resultado de empate en la votación y el vicepresidente Cobos se vio obligado a emitir su voto, que determinó el fracaso de la iniciativa oficial.

²² El 13 de Abril de 2009, Cobos firmó la notificación del Tribunal Nacional de Ética de la U.C.R. mediante el cual se levantaba su expulsión del partido y se le permitía retornar a la actividad partidaria, una vez que finalizara su mandato como vicepresidente. (La Nación, 13 de Abril de 2009)

Las elecciones del 28 de Junio mostraron resultados ambiguos. Si bien a nivel nacional, el A. C. y S. obtuvo buenos resultados contabilizando unos 4.506.648 votos (lo cual representa el 23,55% del total y la convierte en la segunda fuerza a nivel nacional²³) y se traduciría en un incremento sustancial de las bancas en el Congreso Nacional, los magros resultados en la Provincia y Ciudad de Buenos Aires – al obtener un 21,58% en la primera y un 19,5% en la segunda, colocándose en el tercer puesto en ambos distritos- mostraron las dificultades del acuerdo para llegar a amplios sectores de la población.

Los desafíos se multiplicaron después de las elecciones. Las diferencias entre las posturas de Elisa Carrió y el resto del Acuerdo frente a la convocatoria al diálogo por parte del Gobierno Nacional²⁴ generaron grietas que hicieron que la continuidad de acuerdo pendiera de un hilo. La idea de posponer las discusiones en torno a las candidaturas presidenciales de 2011 y trabajar en pos de la coordinación de la actividad parlamentaria y la consolidación del funcionamiento del A. C. y S., calmaron las aguas por un momento, pero las disputas entre Elisa Carrió y Julio Cobos²⁵ se avivaron ante el avance del cobismo en la UCR, donde Gerardo Morales acordó con el vicepresidente la definición conjunta de una lista de unidad de cara a las elecciones partidarias.

El principal interrogante que se abre, entonces, ante este nuevo intento coalicional del polo “no peronista” es la posibilidad de convivencia entre las fuerzas participantes. El hecho de que las elecciones de medio término suelen facilitar un tipo de voto rechazo y no requieren que las fuerzas de oposición se muestren como alternativas de gobierno fehacientes²⁶, favoreció el armado inicial del A. C. y S. Sin embargo, sus integrantes saben que el único camino para no perder terreno frente al peronismo (en sus diferentes versiones) es fortalecer los lazos y unificar posiciones para dar el paso entre ser una mera coalición electoral para verdaderamente ser vistos con capacidad para ser gobierno, algo que siempre se le ha cuestionado a este sector.

Por el lado del radicalismo, quedará por verse si este esfuerzo por volver a organizar un eje de articulación no peronista logran ubicarlo nuevamente en el centro de la escena

²³ Fuente: La Nación, 30 de Junio de 2009.

²⁴ Luego de obtener resultados adversos en los comicios de Junio de 2009, se llamó a las diferentes fuerzas opositoras a una mesa de diálogo con el Ejecutivo Nacional para escuchar sus propuestas referidas a la reforma política. Mientras que el sector de la Coalición Cívica que responde a Elisa Carrió no participó de la convocatoria, sí lo hizo el GEN y el resto del Acuerdo Cívico y Social. Según Carrió, “*El lugar de debate debe ser el Parlamento*” (Clarín, 16 de Junio de 2009).

²⁵ Cobos ya ha empezado a aglutinar a la mayor cantidad de referentes de peso para una posible candidatura suya en 2011 y anticiparse a los planes que podría tener Carrió en el mismo sentido, sabiendo que es muy difícil que puedan compartir un proyecto conjunto dentro de dos años ya que la relación entre ambos es muy tensa.

²⁶ Cheresky, I., 2009.

pública y recuperar credibilidad y votantes; los fantasmas del fracaso de la Alianza de 1999, asechan.

A modo de conclusión: “No nos une el amor sino el espanto...”

La lectura de las líneas precedentes, tal como se señaló desde un principio, no puede ser aislada de un contexto en el que los partidos políticos tradicionales están en un periodo de cambios y fuertes cimbronazos, que algunos incluso catalogan como crisis. La tendencia mundial en las democracias contemporáneas a establecer identidades y vínculos de representación más fluidos y ligados a las imágenes y experiencias vividas por la ciudadanía a través de los medios de comunicación redundan en la pérdida del papel protagónico de los partidos en la conformación de identidades políticas y en la representación de la vida política de los ciudadanos, ahora espectadores. Es en este marco que debemos evaluar este tipo de experiencias, principalmente porque antes que la convocatoria de voluntades y objetivos afines, las coaliciones argentinas han sido una estrategia de corte electoral, cuyo fin último radicaba en ganar las elecciones y erigirse en gobierno.

Asimismo, en este sentido y también atendiendo a la coyuntura, no es un dato menor señalar que las principales coaliciones electorales han emergido en épocas de gran desgaste de poder del gobierno, cuando se avecinan crisis socioeconómicas y salen a la luz grandes cuestionamientos a la clase política en su conjunto. Justamente, tienen lugar estas experiencias cuando la rigidez del mandato fijo que presentan los sistemas presidenciales²⁷ impone la necesidad de generar nuevos líderes que reemplacen a los que finalmente deben abandonar el sillón de Rivadavia²⁸; y paradójicamente es esta potencial acefalía la que mantiene viva a la democracia, defendiendo el principio de alternancia política. Es en estos momentos cuando el arco opositor busca ser estandarte de una nueva y real opción de gobierno y pretende representar la “esperanza” de cambio, unificando y reconfigurando una alternativa capaz de gobernar que se encuentre en sintonía con las demandas y reclamos de una ciudadanía descontenta con un modelo “agotado” y obsoleto.

²⁷ Desarrollar la falta de incentivos del presidencialismo para la formación de coaliciones escapa a nuestro objetivo de trabajo. Para referencias sobre el tema ver, por ejemplo, Linz, J. (1994), Mainwering, S (1995).

²⁸ Nuestra Constitución permite la reelección por un único período. Si bien Cristina Fernández de Kirchner puede ser reelecta en términos de la Constitución, su gobierno es considerado por la ciudadanía en general como parte o continuidad del gobierno anterior, al mando de su marido el ex mandatario Néstor Kirchner. Por esta razón, a grandes rasgos, la población vería una reelección de la presidente Fernández de Kirchner como "por fuera" de los periodos constitucionales, sin contar el desgaste de su poder y la merma en sus niveles de popularidad.

La UCR en el último cuarto de siglo ha sabido capitalizar esta lectura. Su alta institucionalización, tal como señala Panebianco, se adecuó con su estrategia respecto al ambiente: lejos de la pretensión del predominio, en sus diversos accionares primó la adaptación. Por otra parte, la organización centenaria, débil en cuanto a su capacidad de generar una identidad política exclusiva y excluyente, se ha transformado en un laxo “espacio político” que ha aprovechado esta identidad flexible para coaligarse y nuclear en coaliciones “filoradicales” el mayor caudal electoral posible, dado que el propio ha disminuido y se ha dispersado a lo largo del tiempo, perdiendo terreno frente al peronista.

Para cuando culmine el mandato de Cristina Fernández de Kirchner en el año 2011, el peronismo habrá gobernado 20 de los 22 años que van desde 1989 cuando asume C. Menem, lo que constituye una prueba más de que el polo peronista pudo mantenerse estable y organizado (Fraga, 2008), frente a un radicalismo muy afectado y castigado por sus experiencias en el poder que terminaron de manera traumática y antes de tiempo. Frente a la merma de su electorado y a los reveses electorales y políticos que ha sufrido, la UCR ha buscado coaligarse con partidos cuyos programas sean similares al suyo²⁹ para sobrevivir a desavenencias del respaldo ciudadano y reconfigurarse como una alternativa de gobierno viable.

Tanto en las experiencias de la Alianza³⁰ como el A. C. y S., la UCR ha logrado reemerger en la escena política nacional luego de sus peores momentos y fracasos³¹. La estrategia colusiva no solo ha sido exitosa electoralmente sino que le ha permitido al partido radical sobrevivir hasta el día de hoy.

Finalmente, cabe resaltar que si bien a lo largo de este trabajo hemos notado el éxito de las coaliciones electorales y la positiva transformación en términos de relaciones interpartidarias que conllevan, no puede arribarse a un desenlace de similares características en cuanto la única experiencia de coalición de gobierno. El único gobierno coalicional que ensayó la Argentina culminó en un fracaso en parte debido a que el transcurso del tiempo no logró configurar relaciones estables y confiables ni erigir a la Alianza como una opción de

²⁹ Y en este sentido aquí se diferencia del peronismo, cuyas coaliciones y apoyos electorales poseen valores y programas diferenciados e incluso opuestos, como ser el caso de Menem o recientemente la coalición del peronismo disidente con Francisco de Narváez y Mauricio Macri, en cuyos programas la justicia social ocupa los últimos puestos en el ranking de objetivos de importancia.

³⁰ Nos referimos al momento de surgimiento y triunfo electoral de la coalición UCR-FREPASO, y no a su posterior caída.

³¹ En el 97-99 logra resurgir tras la merma en electorado en parte generada por el fracaso y la crisis con la que finalizó el Gobierno del Dr. Raúl Alfonsín. En 2009 resurge después de la crisis de representación y el “que se vayan todos” con el que abandonó el gobierno la fracasada gestión de De la Rúa y de la alianza en su conjunto.

gobierno, sino que por el contrario aumentó la desconfianza y desconocimiento inicial y reprodujo la lógica de oposición de ambos socios en el seno mismo de la coalición.

Al parecer a los partidos argentinos les queda largo camino para modificar en forma radical y cualitativa las relaciones inter-partidarias; aún en este nuevo siglo predominan resabios de los orígenes de nuestra nación que se hacen casi imposibles de superar, como ser las pretensiones de totalidad y la lógica de relación amigo-enemigo. Queda planteado el desafío: para los académicos, para los políticos.

Bibliografía

- Aznar, L.: “Este hecho es considerado, por algunos sectores, como el posible inicio de una etapa de cambio político en la Argentina” en *Revista Escenarios, Año 1 N°2 Primavera de 1997: Alianza: ¿Algo más que la expresión del descontento?*
- Borón, A.: “Si no tienen la audacia de discutir el modelo económico es muy posible que la Alianza capitule como proyecto de reemplazo” en *Revista Escenarios, Año 1 N°2 Primavera de 1997: Alianza: ¿Algo más que la expresión del descontento?*
- Castiglione, F.: “Mantener la unidad en la diversidad y potenciar al mismo tiempo al conjunto requiere de confianza mutua” en *Revista Escenarios, Año 1 N°2 Primavera de 1997: Alianza: ¿Algo más que la expresión del descontento?*
- Cavarozzi, M. Y Abal Medina, J (comp.) (2002). *El asedio a la política*, Homo Sapiens, Rosario.
- Chasqueti, D.: “La supervivencia de las coaliciones presidenciales de gobierno en América Latina” en *Revista Postdata* N° 11- Abril de 2006 pp. 163-192.
- Cheresky, I. (2009): “¿El fin de un ciclo político?”, en Cheresky, I. (comp.): *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*. Homo Sapiens, Rosario.
- Cheresky, I. (2006a): “La ciudadanía en el centro de la escena”, en Cheresky, I. (comp.): *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política*, Miño y Dávila editores, Buenos Aires.
- Cheresky, I. (2006b): “La ciudadanía y la democracia inmediata”, en Cheresky, I. (comp.): *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política*, Miño y Dávila editores, Buenos Aires.
- Cheresky, I. (2006c): “La política después de los partidos”, en Cheresky, I. (comp.): *La política después de los partidos*, Prometeo, Buenos Aires.
- Cheresky, I. (2006d): “Un signo de interrogación sobre la evolución del régimen político”, en Cheresky, I. (comp.): *La política después de los partidos*, Prometeo, Buenos Aires.
- Duverger, Maurice (1996) *Los partidos políticos*, México D.F., FCE.
- Fidanza, E (1998): “Del Pacto de Olivos a la Alianza UCR-FREPASO: acerca de la evolución del voto opositor en la Provincia de Buenos Aires”, en *Revista SAAP* 1998 pp. 35-48.
- Fraga, R. (2008), “El peronismo como eje central” en *Revista Umbrales de América del Sur*, CEPES, abril- julio.
- Lipset, S. y Rokkan, S. (1992) “Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales”, en *AA.W. Diez textos básicos de Ciencia Política*, Barcelona, Ariel.

- Malamud, A. “El radicalismo, su base social y su coalición electoral” en *Revista Escenarios, Año 1 N°2 Primavera de 1997: Alianza: ¿Algo más que la expresión del descontento?*
- Manin, B. (1992): “Metamorfosis de la representación”, en Dos Santos, M. (coord.): *¿Qué queda de la representación política?*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Manin, Bernard, Adam Przeworski y Susan C. Stokes (1999) “Elections and Representation”, en Przeworski, Adam, Susan C. Stokes y Bernard Manin (eds.): *Democracy, Accountability and Representation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Mc Guire, J. (1995): “Political parties and democracy in Argentina”, en Mainwaring Scott y Scully eds.: *Building democratic institutions*, 1995.
- Mustapic, A. M. (1997): “Para las próximas elecciones, la Alianza debe solicitar al electorado, explícitamente, un mandato” en *Revista Escenarios, Año 1 N°2 Primavera de 1997: Alianza: ¿Algo más que la expresión del descontento?*
- Mustapic, A.M. (2002): “Argentina: la crisis de representación y los partidos políticos”. En: *América Latina Hoy*, Ediciones Universidad de Salamanca, Vol. 32.
- Novaro, M., comp. (2002): *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires
- Novaro, M. y Palermo, V. (1996): *Política y poder en el gobierno de Menem*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Panebianco, Angelo (1991) *Modelos de partido*, Madrid, Alianza.
- Pousadela, I. (2004): “Los partidos políticos han muerto! Larga vida a los partidos!” en Cheresky, I. y Blanquer, J. M. (comps.) *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*, Homo Sapiens, Rosario.
- Quiroga, H. (2006): “Déficit de ciudadanía y transformaciones del espacio público” en Cheresky, I. (comp.), *La política después de los partidos*, Prometeo, Buenos Aires.
- Quiroga, H. (2007): “La hora de abrir el juego” en *Revista Umbrales de América del Sur*, CEPES, agosto – noviembre.
- Sartori, G. (1992): *Partidos y Sistemas de Partidos*, Capítulo 1, Alianza, Madrid.
- Torre, J.C. “Otro país es posible a condición de que se ponga en marcha un cambio seguro” en *Revista Escenarios, Año 1 N°2 Primavera de 1997: Alianza: ¿Algo más que la expresión del descontento?*
- Torre, J. C (2003) “Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria” en *Desarrollo Económico*, vol. 42, 168, Enero-Marzo 2003, pp. 647-665.

Diarios nacionales

- Clarín, edición del 16 de Junio de 2009.
- Crítica de la Argentina, edición del 12 de Noviembre de 2008.
- La Nación, ediciones del 13 de Abril de 2009 y del 30 de Junio de 2009.

Bibliografía online consultada

- www.coalicioncivica.org.ar.